

Comentario al evangelio del domingo, 30 de abril de 2017

Queridos hermanos:



No sabemos ver a Jesús Resucitado, como les pasa a los dos discípulos de Emaús. Vamos por el camino de la vida, con una mentalidad miope, pensando en nuestros problemas, en nuestras esperanzas e ilusiones fracasadas. Cuando un desconocido se acerca a nuestro caminar, es un buen momento para hablarle de nosotros, lo de Jesús el Nazareno, una vez muerto, parece perder sentido: “Nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió ésto”. Muchas veces decimos buscar al Maestro, pero a los que nos buscamos es a nosotros mismos.

Por eso, el desánimo con el que miramos la vida, los quejidos constantes, nuestro alejarnos de la comunidad y volver a lo nuestro, la actitud cobarde... Nos hacen imposible reconocer en aquel peregrino, al Resucitado. Para verlo, hay que salir de nuestro ego, mirar al hombre que se cruza a nuestro paso, que está cerca de nosotros, el que no ve a su prójimo, no puede ver a Jesús. Hablamos demasiado y escuchamos poco, sólo cuando se callaron y empezaron a escuchar al compañero de camino, se abrió su corazón.

Comienza con dureza: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto para entrar en su gloria?”. Les comenzó a recordar las

Escrituras, necesitamos volver a las fuentes, para no crearnos un Jesús a nuestra medida. ¿Cuántas veces después de escuchar el Evangelio o celebrar la Eucaristía?, podemos decir como ellos: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Se nos ofrece todo un modelo de acompañamiento, usando la Palabra de Dios. Jesús parte de la situación personal de los dos discípulos, primero los escucha, comprende su problema, y después les habla, interpretando su vida real y concreta a la luz de la Palabra.

Todo un proceso, que cuenta con un VER (acompañar por el camino, escuchar), un JUZGAR (desde las Escrituras y la fracción del pan) y un ACTUAR (desandar el camino, anunciar lo encontrado). Encontrar al Resucitado exige pasar por los tres momentos, no podemos pretender ver a Jesús sólo en las Escrituras y la Eucaristía. La Eucaristía es antes que nada una comida entre amigos, que quiere hacer perdurar la presencia de los compañeros de viaje, en el gesto de compartir el mismo pan, símbolo de la vida con sus problemas y alegrías, descubrimos al mismo Jesús.

Una vez descubierto como los dos de Emaús, olvidamos nuestros cansancios y aunque es de noche, nos levantamos y corremos gozosos, a comunicar la buena nueva a todos los hermanos: “Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”. Es nuestra historia, tú y yo somos los dos caminantes, los que nos debatimos entre el ver y no ver. Creer en la Resurrección es la piedra de toque de nuestra fe. Por eso la Pascua, es un maravilloso tiempo para que reflexionemos sobre lo que creemos, sobre el que ahora llamamos Jesucristo, que en definitiva, es mirar nuestra propia vida y la de nuestros hermanos y captar en ellas los signos de esperanza, de amor, de alegría, de cambio, de Resurrección.

Podríamos terminar con la primera lectura de los Hechos, recordando con San Pedro: “Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua y mi cuerpo descansa esperanzado. Porque no me entregarás a la muerte no dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia”. Es Pascua y aunque invisible, el Resucitado se hace visible en la realidad cotidiana de nuestra vida.

PD: el lunes próximo celebramos el 1º de Mayo, Día del Trabajo, en el mundo laboral también debemos aportar signos de resurrección. Pidamos sobre todo por los que no tienen trabajo o un trabajo precario que les dificulta llegar a fin de mes.

Te pongo una oración hecha por un grupo de vida de nuestra Parroquia

ORACIÓN CAMINO DE EMAÚS

Danos el mejor pan que tengas, el vino más puro.
Venimos trastornados del camino;
han sido duros los días desde la noche aquella
en que nos dijeron que lo habían detenido:
vino el desprecio; las burlas y las bofetadas vinieron;
la tortura, la cruz, la muerte;
y aquel temblor de la tierra toda, como en despedida.
Si, danos ese vino oscuro, que traiga luz a nuestras almas tristes.
Nos ocultamos con miedo...un día y otro día...

¿Para qué fueron tantos signos prodigiosos,
tantas hermosas palabras en el monte,
tantas caricias a los que nunca tuvieron un amor?
Vino una noche honda, como un pozo terrible que no entiende de misericordia.
Pero esta mañana, al alborar, los gritos nos hicieron volver:
¡No está! ¡Ha resucitado!
¿Ha resucitado? ¿puede el amor inventarse vidas nuevas?
Dicen que estaba el sepulcro vacío. Eso dicen.
Pero en mi alma, créeme, aún era la noche.
Quizá aún lo sea,
aunque este peregrino que nos acompaña, ha encendido una luz incomprensible,
como si de nuevo fueran posibles los signos prodigiosos,
la hermosas palabras, las caricias....
Dame ese pan, sí: cenará con nosotros,
como tantas veces él lo hizo.
Partiremos el pan,
como lo hizo él a veces para los hambrientos.
¿Sabes? Siento que empieza en mí una alborada,
una luz que sana y libera...
Quizá este extraño peregrino...quizá...
Voy a la mesa con él.
Aunque es ya de noche, siento que ha empezado mi mañana.

Julio César Rioja, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org